

DOMINGO 29 T.O. CICLO B (18 de octubre 2015)

El amor a la gente es una fuerza espiritual que facilita el encuentro pleno con Dios hasta el punto de que quien no ama al hermano, camina en tinieblas... Cuando vivimos la mística de acercarnos a los demás y de buscar su bien, ampliamos nuestro interior para recibir los más hermosos regalos del Señor. (Evangelii Gaudium, 272)

Necesitamos que nos recuerden que si no servimos, no servimos para nada. Y que solo se puede servir –solo tiene sentido- si servimos por amor. Dejarnos mirar por Jesús, dejar que nos sirva, nos puede hacer servidores de los hermanos.

MIRA y DÉJATE MIRAR:

Carmen está jubilada después de treinta años trabajando como limpiadora, primero, y como auxiliar de enfermería, luego. Hoy nos ayuda a orar hoy con su testimonio: “Gracias a mi equipo puedo estar donde estoy, me permite poner en común lo que voy viviendo, especialmente con las mujeres que sufren violencia. Es algo muy duro, hay mucho dolor y sufrimiento de por medio. Acompañamos a las mujeres cuando van a poner la denuncia... La HOAC me ha puesto en el camino para estar con la gente humilde, compartir lo que soy y lo que tengo.

Igual que Antonio, también jubilado: “Con 14 años fui aprendiz y me inicié en la JOC. Mi experiencia laboral, mi matrimonio, la vivencia de fe en la comunidad me han ayudado en el servicio al mundo trabajador.”

ORA: PRIMEROS Y ÚLTIMOS

Nos descoloca tu lógica
de pequeños y grandes,
de sabios y necios,
de enfermos y sanos.

A los que están al final
los adelantas,
y a quienes se pavonean,
ufanos por su asiento preferente,
los mandas a la última fila.

A quienes lucen los galones
del cumplimiento y la perfección
les ignoras las medallas,
mientras aplaudes la dignidad
de las cicatrices en historias bien vividas.

Siembras la duda
en los soberbios,
al tiempo que asientas
la verdad de los humildes.

Pasas de largo ante las mansiones
bien provistas
y te alojas en hogares
donde abundan las carencias.

Nos ilumina tu lógica
de pequeños y grandes,
de sabios y necios,
de enfermos y sanos,
de primeros y últimos.



ESCUCHA: Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros, como lo esperamos de ti, rezaremos con el salmo 32. Entra en la escena del Evangelio de este domingo y llénate de la Misericordia:

Mc 10,35-45: El hijo del hombre ha venido para dar su vida en rescate por todos.

En aquel tiempo, se acercaron a Jesús los hijos de Zebedeo, Santiago y Juan, y le dijeron:

- «Maestro, queremos que hagas lo que te vamos a pedir.»

Les preguntó: - «¿Qué queréis que haga por vosotros?»

Contestaron: - «Concédenos sentarnos en tu gloria uno a tu derecha y otro a tu izquierda.»

Jesús replicó: - «No sabéis lo que pedís, ¿sois capaces de beber el cáliz que yo he de beber, o de bautizaros con el bautismo con que yo me voy a bautizar?»

Contestaron: - «Lo somos.»

Jesús les dijo: - «El cáliz que yo voy a beber lo beberéis, y os bautizaréis con el bautismo con que yo me voy a bautizar, pero el sentarse a mi derecha o a mi izquierda no me toca a mí concederlo; está ya reservado.»

Los otros diez, al oír aquello, se indignaron contra Santiago y Juan.

Jesús, reuniéndolos, les dijo: - «Sabéis que los que son reconocidos como jefes de los pueblos los tiranizan, y que los grandes los oprimen. Vosotros, nada de eso: el que quiera ser grande, sea vuestro servidor; y el que quiera ser primero, sea esclavo de todos. Porque el Hijo del hombre no ha venido para que le sirvan, sino para servir y dar su vida en rescate por todos.»

Palabra del Señor

Para interiorizar el Evangelio

La grandeza está en servir, nos dice Jesús. La grandeza está, sobre todo, en servir a los pobres. A los que no pueden devolvernos, ni siquiera, el servicio. A los que quizá ni agradezcan el servicio, o no lo valoren. La grandeza está en servir a quienes se nos hacen rostro más transparente del Dios encarnado.

Todo ser humano es objeto de la infinita ternura de Dios, y **si logro servir a una sola persona**, ayudarla a vivir desde su dignidad, eso ya justifica la entrega de mi vida. Gastarme para ganar, sembrarme para crecer, perder la vida para que otros tengan Vida, como hizo Jesús, que da “su vida en rescate por todos”. No hay otro sentido para nuestra existencia. No hay otro camino a la plenitud, ni podemos amar a Dios si no es sirviendo a los demás.

Una lógica distinta a la de nuestro mundo, que nos propone ascender (no crecer) ser reconocidos (no servir) ser importante (no digno)... **Se trata de crecer, pero hacerlo como personas, como hijas de Dios, como hermanos y hermanas.**

El servicio no es solo una actitud personal, o que solo tenga encaje en las relaciones personales. Es un valor que tenemos que recuperar en nuestra cultura, en nuestra mentalidad porque configura unas nuevas relaciones sociales capaces de humanizarnos; es una clave de la acción política, que debe estar al servicio de todos desde los últimos, y que humaniza la misma política y la convierte en servicio de caridad...

Nuestras comunidades, nuestros equipos, nuestras familias han de ser alternativas en esta línea: la del servicio a los últimos; han de ser escuelas de servicio. Cuando decimos que otro mundo es posible desde Jesús, estamos expresando nuestro compromiso por hacerlo posible, por construir una vida humana, social, solidaria, fraterna, en la que el centro lo ocupe Jesús, y quienes mejor lo transparentan: los pequeños, los débiles, los sencillos... los excluidos, los parados, los precarios, los ninguneados, los descartados, los nadie...

La misión en el corazón del pueblo no es una parte de mi vida o un adorno que me puedo quitar... Es algo que no puedo arrancar de mi ser si no quiero destruirme... Hay que reconocerse a sí mismo como marcado a fuego por esa misión de iluminar, bendecir, vivificar, levantar, sanar, liberar. Allí aparece la enfermera del alma, el docente del alma, el político del alma, esos que han decidido a fondo ser con los demás y para los demás.

Para compartir la vida con la gente y entregarnos generosamente necesitamos reconocer también que cada persona es digna de nuestra entrega... porque es obra de Dios, criatura suya.

Papa Francisco, Evangelii Gaudium, 273-274

¿Con quién me llama el Señor a compartir la vida? ¿A quién me pide el Señor servir, en mi mundo cercano, en mi vida cotidiana? ¿Cómo ser último? ¿Mi vida familiar, mi equipo... cómo van siendo escuela de servicio? Respóndete en tu proyecto de vida, con un compromiso.

Puedes terminar con esta oración:

Tú, Señor, dijiste:

“Quien quiera guardar su vida, la perderá;
y quien la gaste y dé por mí, la recobrará.”

A pesar de todo tenemos miedo
a gastar la vida y entregarla sin reservas.
Un terrible instinto de conservación nos lleva al egoísmo,
y nos atormenta cuando hemos de jugarla la vida.
Pagamos seguros por todas partes para evitar los riesgos.
Y, además de todo eso, está la cobardía.

Señor, nos da miedo gastar la vida.
Sin embargo Tú nos la diste para gastarla.
No podemos reservárnosla en un estéril egoísmo.

Gastar la vida es trabajar por los demás,
aunque no nos paguen;
hacer un favor a quien nada puede darnos a cambio;
gastar la vida es arriesgarse incluso al inevitable fracaso,
sin falsas prudencias;
es quemar las naves en bien del prójimo.

Somos antorchas
y solo tenemos sentido cuando nos quemamos;
solo entonces seremos luz.
Líbranos de la prudencia cobarde,
la que nos hace eludir el sacrificio y buscar seguridad.

Gastar la vida no es algo que se haga
con gestos extravagantes y falsa teatralidad.
La vida se entrega sencillamente, sin publicidad,
como el agua de la fuente,
como la madre que da el pecho a su hijito,
como el sudor del humilde sembrador.

Enséñanos, Señor, a lanzarnos a lo imposible,
porque detrás de lo imposible están tu gracia y tu presencia,
y no podemos caer en el vacío.
El futuro es un enigma, nuestro camino se pierde en la niebla;
con todo, queremos seguir dándonos,
porque Tú estás esperándonos en la noche
con mil ojos humanos que se nos deshacen en lágrimas.



(Luis Espinal)

Señor Jesús, te ofrecemos todo el día nuestro trabajo, nuestras luchas, nuestras alegrías y nuestras penas.

Concédenos, como a todos nuestros hermanos de trabajo, pensar como Tú, trabajar contigo y vivir en Ti.

Danos la gracia de amarte con todo nuestro corazón y de servirte con todas nuestras fuerzas.

Que tu reino sea un hecho en las fábricas, en los talleres, en las minas, en los campos, en el mar, en las escuelas, en los despachos y en nuestras casas.

Que los militantes que sufren desaliento permanezcan en tu amor. Y que los obreros muertos en el campo del honor del trabajo y de la lucha, descansen en paz.

María, Madre de los Pobres,
Ruega por nosotros